

## ENTRE LA COPA Y LOS LABIOS.

(Traducción del francés, por doña Ramona C. de R.)

DESPUES del primer vaso de Lacryma Christi bebido bajo el emparrado, el hombre de la capa fué el primero que dió principio á la conversacion:

—Con que, capitán Enrique, dijo á su compañero, ¿habeis conocido á la Zorzina?

—Bastante para decirlo cuando se ofrezca, respondió el oficial.

—Si no voy errado, ha de haber sido en el tiempo en que florecia ella en Brescia.

—Sí, maestro, en el tiempo en que florecia ella en Brescia, en Padua, en Bolonia, en Parma, en Venecia y por toda la Italia.

—No preguntaré si aquella época fué feliz para vos, capitán. Ante todo yo recuerdo que era un grande honor ser distinguido por la divina cantatriz.

—Es verdad, y no creo sea una jactancia en mí el decir que tuvo á bien no mirarme con mucha indiferencia.

—No podía hacer mejor eleccion, confesadlo. Noble rostro, cuantioso caudal, una hermosa espada austriaca al lado de un traje ricamente recamado; vos teniais todo lo que cae en gracia á estas reinas de teatro, y á lo que parece, la pobre eriatura perdía el juicio con todo eso. Pero decidme, ¿llegó á amaros?

—Aquí para entre los dos, seré franco; mirad, ella no hizo mas que empezar á que-

rerme. Pero ¿quién se acuerda ya de estas locuras? Una historia tan pueril no puede tener ninguna gracia para vos.

—Muy al contrario, os juro que oficialmente me meto algo en todo lo que es el arte y la poesía; y acostumbrado desde muy jóven, á aplicar mi oido al canto de los ruiseñores de nuestra Ausonia, encuentro mucho gusto en indagar lo que les concierne, y mas particularmente en investigar lo que tiene relacion con la Zorzina.

—Siendo así, obedeceré á vuestro antojo, contándoos cómo conocí á la Zorzina.

—Ehonorabuena.

Y profiriendo estas últimas palabras, el hombre de la capa llenó por segunda vez la copa del oficial, el que después de haber retorcido sus bigotillos rubios con el revés de la mano, entabló su relato sin hacerse mas de rogar.

—Hace ya de esto cuatro... cinco años, sí, cinco años... estábamos dando guarnicion en Brescia. La Zorzina hacia allí prodigios, y la ciudad entera habia perdido el juicio por ella. A las tres noches que concurri al teatro, me enamoré de ella.

—Como todos.

—A lo menos como todos los oficiales del regimiento. Jamás los ojos de una mujer me habian alborotado tanto el corazón como los suyos. En breve echó de ver mi trastorno, pero sin dar muestra de

compadecerse de mí. Mandé cartas y mas cartas, ramilletes y mas ramilletes: trabajo en balde. La *prima donna* estaba comprometida; tenia por amante á una especie de artista.

—¿Un pintor?

—Puede que sí; un pintor que zeloso hasta de los aplausos de la multitud, debia casarse con ella para arrebatarla de sus triunfos. Con que se desvanecia toda esperanza; sin embargo, una noche que pasaba yo por la plaza de Santiago, una dueña, tirándome de la falda de la *pellisa*, me entregó con cara misteriosa un manojo de cigarros en que se encontraba un billete.

—¿De la Zorzina?

—Cabal.

—¿Hombre afortunado! ¿Qué os decia la encantadora mujer?

—Mil zalamerías que acababan con este encargo:

Estad mañana, al pardear la tarde, en la quinta Montefiascone; allí os espero.

—Y vos ¿qué hicisteis?

—¡Bonita pregunta! fui corriendo allá.

—Se daba un dia de campo allí. ¿Estábais convidado?

—No, entré por fraude; pero en cualquier caso mi espada me habria servido de pasaporte.

—Proseguid.

—Los salones y jardines, iluminados espléndidamente, competian en brillo con un cielo tapizado de estrellas. Llenaban los salones con su apretado tropel una multitud feliz, y varios grupos solitarios de paseantes, no menos felices sin duda, se perdian en la sombra de los jardines; pero en la boca de estos lo mismo que en la de aquellos, no habia mas que un nombre, el de la Zorzina, de la famosa cantatriz que de dos años á aquella parte hacia la delicia de Brescia y debia al otro

dia representar por última vez en su beneficio.

—¿Habian ido acaso para verla y oirla aquella noche tambien?

—De veinte leguas en redondo habia acudido la gente. Pero volvamos á mi historia.

—Bien dicho.

—Figuraos que al momento que entré, percibí en una azotea una mujer vestida de blanco y coronada de flores; hallábase apoyada é inmóvil contra la balastrada de mármol.

—Parecíase á Julieta esperando á Romeo.

—Parecida á Julieta, enhorabuena. Fui-me á ella en derechura y al rumor de mis pasos interrumpió de repente su embelesamiento.

—¿Sois el capitán Enrique? me dijo con una voz tan amable que habria ahogado el vago murmurio de una arpa de Eolia.

—Sí, yo soy, respondí, el capitán soy; no he podido resistir el deseo de veros, me he escurrido entre el gentío, os he buscado por todas partes, ya os encontré, soy feliz.

—¡Ah! bien, dijo ella con la misma voz siempre; pero no sé por qué tiemblo. Me parece que es una indiscrecion, agregó desasiéndose de mis brazos que la enlazaban; ¡si nos sorprendiese Giulio!

—¿Giulio! exclamé, ¿quién es ese Giulio?

—¡Ay! es el hombre al cual he prometido en mala hora pertenecer, es un famoso pintor, pero una cabeza loca cuyo amor demasiado vivo me abrumba como una carga pesada.

—¿Eso os dijo?

—Me lo dijo calofriándose, y veia yo sus hermosos ojos empañarse. Pero á esto oyóse ruido de voces y viéronse luces aparecer corriendo de ventana en ventana hácia la azotea.

—Me andan buscando, dijo la Zorzina; es menester que yo cante y me ponga á la vista; compadéceme, Enrique, y márchate pronto.

—¡Mi Semíramis, á dios! respondí; y besándole la mano escalé la balaustrada. Cortos instantes después, hallándome ya en el jardín, volví otra vez los ojos; la peregrina criatura arrancaba una flor de su corona, un anillo de sus dedos, y arrojándome ambas cosas:

—¡Para tí! me gritó.

—Y qué, ¡ahí acaba vuestra historia, capitán?

—Casi casi, prosiguió el oficial. Al día siguiente de aquella función, el teatro de Brescia se encontraba magníficamente iluminado, y unos retumbantes carteles anunciaban con tamañas letras *La Semíramis*, ópera seria y última representación á beneficio de la *signora* Zorzina. Con razon el gentío se precipitaba de todas partes y como un mar furioso batía con sus olas tumultuosas las puertas del teatro; abriéronse en fin, y el torrente humano se absorbió allí con descomunal bullicio. Apenas habia pasado un rato cuando la sala estaba ya apretada; rebozaba el público hasta el foro y los pasillos, cada cual pretendia tomar lugar: por aquí disputaban unos, reñían por allá otros, por todas partes se oían gritos, habia un ruido capaz de derribar el edificio; mas á poco cesó de repente como una tempestad que se apacigua y siguióse un profundo silencio. Iba á comenzar la función.

—Pero, ¡y la beneficiada! ¿No decís nada de la beneficiada?

—Aguardaos, voy allá. Concluida la obertura, lleno de estupor el público pide con gritos descomunales á la cantatriz. Siguiéron los aullidos, se mezcló con ellos la rabia, rompió la gente las bancas, y amenazó quebrar los candiles. Por fin, al

cabo de un cuarto de hora, levantóse el telon y se vió acercar lentamente el director, quien hizo tres cortesías. Hubo un profundo silencio.

—Señoras, dijo, se ha intentado en vano hallar á la *signora*; la *signora* ha desaparecido.

La concurrencia al oír estas palabras se fué escurriendo triste y silenciosa, sin comprender bien á bien lo que pasaba, de tan estupefacta que estaba. Entre tanto, como yo regresaba á mi casa mas apesadumbrado y mudo que todos los demás, supe que circulaban varias congeturas sobre esta extraña desaparicion de la primera cantatriz de la península. La *signora*, decian unos, teniendo miedo de las consecuencias de su vida profana, ha marchado para Roma donde va á tomar el velo. La *signora*, decian otros, asustada del matrimonio, ha huido á Francia con el disfraz de contrabandista. La *signora*, referian algunos, habiendo distinguido desde la víspera á un oficial austriaco, ha sido apuñaleada por su amante.

—Esta última especie, ya lo adivinareis, me hizo parar la oreja como un caballo que por primera vez oye el clarín en la batalla; pero en vano me aproximé al grupo de donde salian estas palabras. Nadie pudo decirme lo positivo.

—¿De suerte que nada mas sabeis acerca de la Zorzina?

—No, nada mas, si no es que la flor que ella me habia dado se ha reducido desde entonces á polvo, y que la sortija de su mano imperial, pegada á mi pecho como una reliquia, no se ha separado de mí ni un instante. Pero, ¿qué os sucede? ¿por qué golpeais así con el vaso?

—¡Ah! dispensadme, es que yo pensaba en una rareza. Ahí donde acaba vuestra historia, que no sé sino muy por encima,

comienza otra, en que estoy mejor impuesto.

—¿Qué quereis decir? ¿Sabeis qué se ha hecho la Zorzina?

Entonces le tocó al oficial apoderarse del frasco: vertió pues algunas gotas del licor generoso en los vasos, y después de haber bebido exclamó:

—¡Hablad, ya os escucho!

El hombre de la capa no titubeó.

—La noche en que la *prima donna* tenia que presentarse por última vez en una ópera, dijo, estábase ella vistiendo en su propio palacio, en presencia de Giulo, el pintor que sabeis. Pronto estuvo lista, y nada le faltaba para ir á representar su papel de reina babilonia. Nunca jamás habia parecido tan hermosa al artista. La corona le estaba tan bien á su frente como el sol al cielo; sus dos hermosos ojos brillaban bajo sus pestañas negras, parecidos á dos diamantes engastados en azabache; sus relumbrosos cabellos trazaban sobre sus pálidas mejillas una línea curba que se hubiera creído trazada por el pincel de Rafael; su boca se entreabria con una inefable sonrisa. En suma todo en ella era gracia y poesía. Giulo al verla no fué ya dueño de sí. Apoderóse de él la fiebre, la doble fiebre de los zelos y de la inspiracion, aquella horrorosa desazon durante la cual desaparece el hombre para volverse un semidiós ó un demonio, fatal hora en que Mozart se ponía loco, y en que Byron se afanaba por escribir un verso capaz de espantar al mundo.

—¿Y qué hizo Giulo?

—Díjole:

—¡Con que al fin vas á ser mía!

—¡Ah! dueño mio, una poca de paciencia, le respondió ella, ¡un dia mas!

—¡Un dia! ¡ah, Zorzina! ¡cuán vanidosa sois! ¡teneis mas apego á vuestra gloria que á vuestro amor!

Tom. II.

—Giulo, ¿por qué me decís eso? dejadme este dia; será el último de mis dias de gloria. Cumpliré lo que he prometido. Después de esta representación de la Semíramis, seré vuestra toda entera.

No hizo ningun reparo el jóven; tan solo llevó la mano á su frente como si una idea repentina le hubiese iluminado.

—¿Partimos? preguntó la preciosa criatura.

Bajaron ambos. Un carruaje estaba abajo, á la puerta del palacio. En el momento en que entraban, Giulo le dijo al cochero una palabra al oído, y la silla rodó por el empedrado con la rapidez de un pájaro.

—Pero, ¿adónde me haceis conducir, Giulo? exclamó de repente la Zorzina asustada. ¡Esta calle no va al teatro! Todo Brescia me está esperando en el teatro, y nosotros estamos en la calle del PoDESTA, cerca de vuestro taller.

Nada respondió él, y habiendo parado el carruaje, arrebató á aquella mujer toda cubierta de gasa y flores, introduciéndola en una celda cuya puerta estaba abierta.

—¡Ah! ¿qué va á decir Brescia? exclamaba la cantatriz. Diez años de afanes, Nápoles entasiasta, Bolonia tributaria, Venecia pidiéndome sin cesar, la gloria y los anhelos de mi vida, ¡todo me lo arrebatáis, Giulo!

—Y ¿qué importan esas frioleras? Tres mil manos iban á aplaudirte y á arrojar-te coronas; pero yo no hubiera podido dormir esta noche, me habrían roído los zelos al pensar que iban tantos otros á extasiarse con tu voz y tu hermosura, mientras que yo no habria podido sino considerármelo. Además, ve ahí, sobre ese caballete, un cuadro por concluir, el martirio de Santa Cecilia. Los verdugos y los instrumentos del suplicio están ya hechos;

P.—4.

la virgen es la que falta. Zorzina, es preciso que tú seas esta virgen; para siempre voy á hacerte vivir en ese lienzo, á tí misma con tus hermosos ojos negros y tu corona de flores.

—Pero, Giulo, os habeis equivocado; una santa y no una cómica es lo que necesitais. ¡Habeis menester dolor, gritos, y yo estoy como la estatua del deleite, cargada de rosas y cubierta de piedras preciosas!

—¡No te dé cuidado por eso! ¡Vamos! fuera ese oro, esos festones!

—Aun así no soy la virgen cristiana. Ved éste manto real, soy la mujer de Asur.

—¡Caigan ese manto, esos alfileres, ese broche de diamantes! ¡A ese corsé, rompele los nudos!

—Y qué, ¿estoy así menos profana? ¿Por eso sonrie mi boca menos? ¿Acaso está ahora menos lánguido mi cuerpo?

—¡Pues ten cuidado; que los verdugos van á venir con todos los aparatos del tormento! ¡Cuán hermosa estarás así atormentada!

—Pero el soplo de mi alma no volará á un cielo desconocido, sino sí al foro del teatro.

—Ya le dirigirás hácia el Cristo, pues ahí están los verdugos. ¡Ten presente que los tienes en tu presencia! ¡tiende las manos para que te las encadenen! ¡Deja que te amarren al poste! ¡Lloras, tu cuerpo de alabastro se desgarrá ya con las correas! ¡Ah! ¡qué hermosa estás así, Zorzina!

—¡Pues qué! ¿La habia atado? preguntó el capitan Enrique.

—No solamente la tenia atada, sino que tambien la estaba pintando así, pálido él y arrebatado de quién sabe qué frenesí, azotándola y acardenalándole los senos.

—¡Pobre mujer!

—Decid mas bien: ¡pobre pintor! Padecia él mas que ella. Habíala convertido en una mártir, pero tambien él se habia vuelto el criado del prefecto de Roma, y gritaba.

—¡Vamos, confiesa que César es Dios y reniega del Nazareno, ó mueres! Las pinzas están caldeadas; se abren las tenazas, el suplicio va á recibirte, ¡arrodiñate! ¡Lo oyes, Zorzina? ¡arrodiñate!

—¡Tú me asustas!

—¡Pero jamás te he visto tan hermosa! ¿Qué tal será cuando estés en cruz? ¿estarás entonces sublime! ¡Vamos, en cruz! en cruz!

—¡Por piedad, Giulo!

—¡No! ¡no hay piedad! ¡muere!

—Yo no soy Cecilia, dama romana, soy Zorzina la cantratríz, ¡perdóname!

—Cesen tus gemidos, ¡vas á morir!

Y continuando este horrendo delirio, tomó un martillo y clavos y la fijó de los brazos y de los piés á una especie de patíbulo.

—¡Ah! poned fin á esa horrenda historia, exclamó el capitan Enrique, que sentia inundado su rostro de sudor. ¡Sois por ventura un gitano de los tiempos antiguos y quereis contrarestar la virtud de un vino muy alegre con cuentos de muerte!

—¡No me habeis preguntado hace poco lo que fué de la Zorzina?

—Verdad es; pero ¿quién hubiera podido suponer semejante drama?

—Tened una poca de paciencia, vos no conoceis sino una de las fases del desenlace; es menester os diga el otro.

—¡No! no hablemos mas de eso; ya me ha puesto el alma negra. Vine al emparado de esta taberna á beber el Lacryma Chisti para alegrarme, y vos venís á contarme historias sepulcrales. No, basta con eso.

—Entonces no os contaré cómo la Zorzina fué arrojada á la mar.

—¿Qué decís? aquel cuerpo divino, mas puro que una Vénus griega.....

—Después que acabó de pintar su martirio de Santa Cecilia, y que hubo mandado el cuadro al museo de Brescia, sin poner el nombre del autor, Giulo desclavó el cuerpo divino de que hablais; la atravesó sobre su caballo, y echó á andar derecho derecho hasta dar con el Adriático á donde la arrojó.

—El genio sangriento de Shakespeare no ha imaginado jamás cosa tan horrible. Ese Giulo debe ser un tigre en figura humana.....

—O un loco.

—¿Le defendeis vos?

—Le compadezco.

—¿Qué ha sido de él desde entonces?

—Causa lástima. Primeramente se dió á las mas raras locuras. Frio y sereno, aunque artista, ha tenido por damas mas cantatrices que ningun hombre de su edad y de su condicion, sin haber encontrado con ellas sino disgustos y desesperacion; pues entre aquellas mujeres y él, creia ver siempre levantarse la sombra de la Zorzina tal cual estaba en su aposentillo, cubierta de gasa y coronada de flores. Pero razon teneis, capitan, basta ya de esa fúnebre historia. ¡Bebamos!

—No, no bebamos. Luego, está ya vacío el frasco, y se hace tarde; ¡en fin, lo creereis! ese demonio de pintor me tiene preocupado. ¿Dónde se halla ahora?

—Ni él mismo lo sabe, á lo que se dice; pero no puede menos de ser donde quiera que se halle un recuerdo ó una reliquia de la Zorzina.

—Todo eso es muy singular.

—Singularísimo, convengo en ello; oid mas. Dijéronle un dia á Giulo: “El sugeto que Semíramis ha preferido á vos en

la quinta Montésfacione ha recibido de ella una flor y una sortija que conserva siempre.” Desde aquel punto, el artista no ha perdido de vista un solo instante al hombre que le habia arrebatado su felicidad.

Estas palabras del bebedor de la capa fueron proferidas con una voz lenta y amenazadora á la vez. Al oirlas el capitan, vió de un golpe desgarrarse el velo que los ojos le cubria, y levantándose en un ímpetu terrible:

—¡Vos sois Giulo! exclamó. Os conozco en fin, á vos que habeis tenido valor para derramar la sangre de la Zorzina. Cuatro años hace que vuestra capa negra me anda rondando y me sigue paso á paso como un espectro siniestro. Pero esa persecucion ha de acabarse al instante. Mandad á los mozos de la taberna que os traigan una espada, ¡vamos á reñir!

Por única respuesta, Giulo (pues era él) dijo:

—Pidamos mas bien otro frasco y sigamos bebiendo, capitan.

—¿No contento con ser un asesino, quereis tambien dar á conocer que sois un cobarde? ¿Os negais á cruzar la espada conmigo? ¿No quereis reñir?

—¡Reñir! contestó el pintor, eso estaria por demás. El vino que estamos bebiendo desde hace dos horas está envenenado.

FILIBERTO AUBE BRAND.

CONSEJO AL HOMBRE CASADO.

Tratad á vuestra esposa con respeto, dice Franklin; pues así os granjearéis el respeto, no solamente de ella, sino tambien de todos los que lo observen. Jamás useis con ella una expresion de menosprecio, ni aun en chanza; pues menosprecios en chanza, después de mucho repetirlos mutuamente, van con frecuencia á parar en una desazon seria.

## ECONOMÍA DOMÉSTICA.

### MERENGUES ITALIANOS.

Azúcar; una libra, agua, un cuartillo; claras de huevo, seis; fuego muy ligero, veinte ó treinta minutos ó mas. Hiévasse el azúcar en el agua hasta que se ponga blanca y empiece á escurrir en copos de la espumadera; los huevos muy bien batidos hasta formar una espuma sólida, ténganse listos para cuando se necesiten, y cuando ha hervido dos ó tres minutos mas el azúcar, y se ha revuelto bien á los lados de la vasija, mézclense (los huevos) gradualmente pero con brevedad con ella, para que la masa salga suave é igual; sígase mezclando hasta que se advierta la consistencia necesaria para que conserven bien los MERENGUES su forma, cuando se amolden con una cuchara de tomar té, extiéndanse sobre un papel y pónganse en un horno á lumbré tan suave que endurezca sin dar color. Pueden añadirseles tres ó cuatro onzas de almendras machacadas, pero entonces debe dejárseles cocer mas tiempo y tomar un ligero color oscuro. Al mandarlos á la mesa, llénense de jalea de naranja, crema, ó cualquier ácido. Puestos sobre papel blanco y bien tapados, pueden durar un mes.

### LIMONADA DE SUERO PARA ENFERMO

En leche que esté hirviendo échese de jugo de limon lo suficiente para poner enteramente dura una corta cantidad, dilúyase con agua caliente hasta que tenga un ácido grato al paladar y póngasele una poquita de azúcar. Esta bebida es menos cávida así que si se hiciera con vino, y sirve muy bien para promover la traspiracion.

### PAN DE SODA.

Ocho libras de harina, repártanse en dos partes; mézclense una de estas partes con agua en que se hayan disuelto dos onzas de bicarbonato de soda ó sosa, y la otra de las mismas dos partes, después de habersele agregado una onza de ácido muriático evuélvase conapuela primera parte. Cuando cada masa esté bien amasada y tenga la debida consistencia, mézclense perfectamente y lo mas presto posible; háganse tortas y pónganse á cocer en el borno. Este PAN es sumamente sano, y no contiene levadura. Los panaderos emplean el alumbre para blanquear el pan, en la proporcion de una onza de este en cada fanega; pero siendo superior la harina, no hay necesidad de alumbre para hacer un pan muy blanco, esponjado y sabroso.

### PUDIN DE PASAS.

Pan rallado, manteca y pasas con hueso, cuatro onzas de cada cosa, revuélvase y mézclense con dos huevos bien batidos, tres ó cuatro cucharadas de leche y una poquita de sal; póngase todo á hervir cuatro horas: una cucharada de aguardiente con azúcar y nuez moscada, en mantequilla derretida, puede servir de salsa.

### ALMENDRINA PARA EL PELO.

Disuélvase sangre drago en agua caliente y désele olor con bastante aceite de almendras. Puede agregársele una cucharadita de aceite de comer.

## LA RESURRECCION

## DE LA HIJA DE JAYRO.

Puella, surge.

37 Y le rogó toda la gente del territorio de los Gerasenos, que se retirase de ellos: porque tenia grande miedo. Y él subió en el barco, y se volvió.

38 Y el hombre, de quien habian salido los demonios, le rogaba por estar con él. Mas Jesús lo despidió, y dijo:

39 Vuélvete á tu casa, y cuenta cuán grande merced ha hecho Dios contigo. Y fué diciendo por toda la ciudad, cuánto bien le habia hecho Jesús.

40 Y aconteció, que habiendo vuelto Jesús, le recibieron las gentes: pues todos le estaban esperando.

41 Y vino un hombre, llamado Jayro, que era príncipe de la Sinagoga: y postrándose á los piés de Jesús, le rogaba, que entrase en su casa,

42 Porque tenia una hija única como de doce años, y esta se estaba muriendo. Y mientras que él iba, le apretaban las gentes.

43 Y una mujer padecía flujo de sangre doce años habia, y habia gastado cuanto tenia en médicos, y de ninguno pudo ser curada:

44 Se acercó á él por las espaldas, y tocó la orla de su vestido: y en el mismo punto cesó el flujo de su sangre.

45 Y dijo Jesús: ¿Quién me ha tocado? Y negándolo todos, dijo Pedro, y los que con él estaban: Maestro, las gentes te aprietan, y oprimen, y dices: ¿Quién me ha tocado?

46 Y dijo Jesús: alguno me ha tocado:

porque yo he conocido, que ha salido virtud de mí.

47 Cuando la mujer se vió así descubierta, vino temblando, y se postró á sus piés: y declaró delante de todo el pueblo la causa, por qué le habia tocado: y cómo habia sido luego sanada.

48 Y él le dijo: Hija, tu fe te ha sanado: vete en paz.

49 Aun no habia acabado de hablar, cuando vino uno al príncipe de la Sinagoga, y le dijo: Muerta es tu hija, no le molestes.

50 Mas Jesús, cuando esto oyó, dijo al padre de la muchacha: No temas, cree tan solamente, y será sana.

51 Y cuando llegó á la casa, no dejó entrar consigo á ninguno, sino á Pedro, y á Santiago, y á Juan, y al padre, y á la madre de la muchacha.

52 Y todos lloraban, y la plañian. Y él dijo: No lloreis, no es muerta la muchacha, sino que duerme.

53 Y se le burlaban, sabiendo, que era muerta.

54 Mas él la tomó por la mano, y dijo en alta voz: Muchacha, levántate.<sup>1</sup>

55 Y volvió el espíritu á ella, y se levantó luego. Y mandó, que le diesen de comer.

56 Y sus padres quedaron espantados, y él les mandó, que á nadie dijesen lo que habia sido hecho.

San Lucas IX.

<sup>1</sup> Véase la estampa.

# Maria.

## RECUERDOS.

**TRISTE**, abatido, pesaroso, descorro el velo de lo pasado donde miro esparcidas las brillantes ilusiones que en un tiempo me halagaron... Tiempo feliz aquel en que el sol me sorprendia pensando en tí, María celestial, y se ocultaba en el ocaso sin que desaparecieras un instante de mi imaginacion. ¡Cuánto te amaba, angelical criatura! ¡y cuán grato me es ahora recordar mi amor puro y sacrosanto! Este recuerdo enternece al alma mia, y entonces vaga en mi mente un triste pensamiento.....

Yo te amaba, María, y tú no supiste mi amor; desesperado sofocaba en mi pecho una pasión de la que solo tú eras la causa: yo, pobre, humilde, malandante, no me atreví á declararte mi amor, y tú, exaltada hasta la elacion, ignorabas que te consagraba aun mis mas leves pensamientos.

Cuando la argentada luna difundia sus cándidos destellos sobre la tierra, sola tú ocupabas mi imaginacion: comparaba mi situacion á la tuya, y entonces se extinguia mi esperanza como oculta la perla de los cielos, tras los celajes su nítido esplendor.

Yo pensaba en tí, cuando contemplaba las rutilantes estrellas que fulguran en el firmamento azul; y tanto cuanto son nu-

merosas, eran flores que miraba sembradas en el camino de mi transitoria vida.

Yo pensaba en tí cuando veia aparecer la aurora en el aurífero horizonte: miraba tu imagen pura retratada en el celaje de rosicler y plata, porque así estabas en mi imaginacion. María, adorable María, yo pensaba en tí á cada hora, á cada instante, á cada latido de mi pecho.

Pasaba las horas á tu lado contemplando tu belleza, escuchando tu dulce voz, oyendo las armonías del sonoro fortepiano que pulsabas placentera; y á cada vibracion de aquel instrumento se agitaba mi alma, y exaltábase mi pensamiento.

Así embriagado con tus encantos pasé un año mirándote á todas horas; mas ¡ah! ¡recuerdo doloroso! llegó el fatal dia de nuestra separacion; momentos crueles que me sumergian en un océano de amargura: llegó por fin el instante malhadado en que debia decirte acaso el postrer á dios, y pude al verte sofocar mis sollozos. Cuando por última vez te estreché contra mi pecho, un dardo agudo me traspasaba el corazón; el dolor ahogaba mi voz, y solo pude pronunciar tu nombre grato.—“¡A dios!” dijiste llena de ternura; entonces ardientes lágrimas inundaron mis mejillas que fueron á humedecer tu seno virginal.

Yo partí lleno de melancolía, llevando en la frente el sello del dolor: cada instante me alejaba mas de tí, y cuando volvía la triste vista hácia el lugar donde se quedaba mi adorado bien, miraba tu imagen retratarse allá en la profundidad del éter puro.

Cinco años he pasado rodeado de amarguras y tormentos, sin la esperanza de volverte á ver, estrecharte contra mi seno, y declararte el sacro fuego que consumiera mi alma. Cinco años sufrí los rigores de la fatal ausencia y busqué un objeto que me infundiera nuevas sensaciones y lanzara de mi pecho el amor mas puro, pero mas desgraciado al mismo tiempo.

Cuántas dulzuras y plácidos ensueños me inspirabas, incomparable mujer; mas todo se acabó, todo pasó cual fugaz exhalacion.

Hoy ocupado en otras ilusiones que me presagian un feliz porvenir, no puedo brindarte con mi amor; pero si te consagraré eternamente mis melancólicos recuerdos. Y tú, María, si alguna vez miras al través del velo del olvido el tiempo de mi fe-

licidad, fija en mí un instante tu imaginacion y conságrame al menos un recuerdo en recompensa de mi pasado amor. Yo entretanto rogaré al Señor que prolongue tu existencia y la colme de ventura.

¡María! si alguna vez estos recuerdos por una feliz casualidad llegaren á tus manos, muy léjos estarás de imaginar que tú los has inspirado; pero si traes á la memoria el tiempo de nuestra familiaridad, sospecharás que aquel jóven tan indiferente para tí te amaba con delirio, y eras para él el ángel de la bienandanza en cuyo pecho habias encendido el mas puro y sacrosanto fuego.

Suave brisa de la tarde que arrebatas el aroma de las flores cuando exhalan su fragancia, recoge estos recuerdos y llévalos al oído de María, para que si sabe que fué amada por mí en un tiempo, tribute al menos un rasgo de compasion al que consumiera su existencia por adorarla.

Aguascalientes, marzo de 1851.

J. F. L.

(Remitido para la Semana.)

## MISCELANEA.

### ALFOMBRA FRANCESA.

La ALFOMBRA del salon de embajadores en Versalles salió de la manufactura real de los Gobelinos en 1846. Esta obra, que se comenzó en 1783, tiene una orilla compuesta de guirnaldas de flores y arabescos de una ejecucion consumada y en sus cuatro esquinas hay cuatro ramilletes grandes de rosas, copiados de pinturas por madama Elizabeth, hermana de Luis XVI, comprendiendo todas las especies de rosas conocidas en Francia hasta fines del siglo XVIII.

### CONSEJO A LOS PADRES DE FAMILIA.

Cuando se ha acostumbrado el niño á resistir la voluntad de sus padres, está propenso á contraer un hábito de insubordinacion que suele llegar hasta el grado de no bastar amenazas ni ruegos, ni premios ni castigos para corregirle, dando así lugar á mil pesadumbres y congojas en lo sucesivo. Hácese pues de todo punto indispensable que todo mandato de los padres sea llevado á efecto. Pero tambien es rigurosamente indispensable que todo mandato sea razonable; que su cumpli-